

## A CLAUDIO GUILLÉN

In Memoriam

El 27 de enero de 2007 nos dejó para siempre Claudio Guillén. Sin embargo, su obra permanece, como irremplazable compañía intelectual.

Resulta sumamente difícil glosar en unas pocas líneas su brillante carrera docente e investigadora, porque, aun disponiendo de la extensión de todo un libro, reducir su currículum a palabras, a cargos, a títulos de libros o a reconocimientos recibidos no haría justicia al verdadero significado de su vida y de su persona. Su obra, desarrollada preferentemente en las áreas de la literatura comparada y de la teoría de la literatura, ha dejado una impronta reseñable en el pensamiento de nuestros días con aportaciones fundamentales en la definición de conceptos como “historia literaria”, “géneros”, “movimientos”, “periodos”, “escuelas”. Pero hay mucho más.

No basta con enunciar los puestos académicos por él desempeñados a lo largo de una trayectoria docente dilatada y excepcionalmente fecunda en Universidades de primer rango siempre, como son las de California en San Diego, Princeton o Harvard; no basta tampoco con recordar su labor de promotor y gestor como miembro del Comité Ejecutivo de la Asociación Internacional de Literatura Comparada (AILC); de la Comisión Asesora de *L'Histoire Comparée des Littératures en Langues Européennes*; del Comité Ejecutivo de la Asociación Americana de Literatura Comparada; del Comité Ejecutivo de la Modern Language Association (MLA); de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada (SELGYC); de la Comisión Asesora en Humanidades de la Fundación Juan March; de la Fundación Generación del 27... Ni basta tampoco con recordar los premios y distinciones que han reconocido sus méritos, como el Premio Nacional de Ensayo, en 1999; el Premio Provincia de Valladolid a la Trayectoria Literaria, en 2001; el Premio Internacional de Ensayo ‘Caballero Bonald’, en 2005, o su entrada en la Real Academia Española de la Lengua en 2002.

Mucho más sencillo y entrañable que hacer repaso de su ingente bibliografía, me resulta evocar, desde mi memoria de profesora universitaria, lo que la figura de Claudio Guillén ha significado para mí. Y para ello me detendré en cuatro momentos en que tuve la suerte de que nuestros caminos se cruzaran.

El primer momento se refiere aún a mi formación como estudiante en la Universidad de Zaragoza. No había alcanzado todavía su mitad la década de los setenta, cuando oí por vez primera su nombre. Aquel curso estudiábamos la literatura del Renacimiento y nuestro profesor era Víctor García de la Concha. Recién llegado a Zaragoza, estrenaba cátedra y se hallaba por aquel entonces escribiendo su libro sobre el *Lazarillo*, de modo que, en las clases, sus estudiantes disfrutamos como primum de las novedades que, muy pronto, ese excelente estudio sacaría a la luz. Por recomendación de García de la Concha, el artículo de Claudio Guillén sobre “La disposición temporal del *Lazarillo de Tormes*”, en la prestigiosa *Hispanic Review*, se convirtió en lectura fundamental y en el trabajo estrella de la bibliografía del curso. No podía ser de otro modo. Publicado en 1957, este trabajo sigue siendo hoy una referencia fundamental en la bibliografía de la anónima novelita; no ha envejecido un punto y sus 15 páginas –con erudición, pero sobre todo con extraordinarias intuiciones– acertaron a imprimir un cambio sustancial a los estudios de la picaresca española. Él está en la base sobre la que luego vendrán a sustentarse investigaciones posteriores, como las de Francisco Rico o el propio García de la Concha. Esto lo supe más tarde, pero entonces –sin la perspectiva que ahora pueda tener de la materia– lo que este artículo vino a significar fue el descubrimiento de una manera nueva de entender la literatura, una manera mucho más sugerente y con más posibilidades que aquellas pocas que los prolijos y paciencudos métodos positivistas –todavía en boga entre nosotros– podían ofrecernos; más aún, ese artículo vino a significar el descubrimiento de una manera diferente de leer con espíritu crítico, una manera plena de posibilidades y de intuiciones que nos dejaba a nosotros, entonces jóvenes lectores, un gran espacio para la creatividad.

A mediados de los años setenta, Claudio Guillén había publicado ya varios libros (algunos esenciales, como es el caso de su *Literatura y sistema*) y más de tres docenas de artículos, pero –por desgracia– todos ellos habían visto la luz en editoriales o en revistas americanas, inglesas, francesas o italianas y, por aquellas fechas, resultaban inalcanzables aún para las no siempre bien nutridas bibliotecas universitarias españolas. El reencuentro con Claudio Guillén se produjo el curso siguiente por una vía bien distinta, el de la creación literaria. Agustín Sánchez Vidal dedicó una parte del curso al estudio de la obra de Juan Ramón Jiménez, y, entre los textos estudiados, pudimos ver un retrato que el moguerense hizo de Teresa Guillén, en el que Claudio asiste expectante a las travesuras de su hermana “con su carita tostada y de oro de buen Murillo, niño español”. Bastaba esa línea, salida de la pluma de Juan Ramón, para dar carnadura humana a la admiración despertada hacia Claudio Guillén el año anterior.

El segundo encuentro se produjo, en la década siguiente, en la Universidad de Salamanca. En los años salmantinos a los que ahora me refiero, las fronteras (las físicas y las mentales) ya se habían hecho más permeables. Las bibliotecas comenzaron a tener más medios; y los profesores españoles que habían optado por un medio de mayor libertad, impartiendo docencia en el extranjero, empezaron a ser habituales en los medios nacionales, convirtiéndose en algo normal encontrarlos en los congresos que se celebraban en la Universidad española. En uno de ellos, en la II *Academia Literaria Renacentista*, celebrada el año 1982 en la Universidad de Salamanca, pude, por fin, poner cara a la, desde mucho tiempo atrás, admirada inteligencia y sensibilidad de Claudio Guillén. El encuentro sólo hizo avivar aún más el interés despertado por su obra.

Mi incorporación a la Universidad de Valladolid me permitió reencontrarme, ya con cierta asiduidad, con Claudio Guillén, habitual en la ciudad, con la que tantos vínculos tenía. En una ocasión, pude volver a disfrutar de su magisterio en el curso que impartió como “Profesor titular de la Cátedra Jorge Guillén”, en el año 2000. Poco después, me cupo también el honor de hacer su presentación cuando le fue entregado el Premio Provincia de Valladolid a la Trayectoria Literaria, del año 2001. Pero estos encuentros me permitieron sobre todo comprender que aquellos “modos” distintos de encarar el hecho literario que yo había intuido en mis primeras lecturas de sus obras no eran sino el reflejo de un talante muy especial, de una personalidad marcada por la curiosidad intelectual, por el entusiasmo, por el compromiso, por la generosidad y por la bonhomía.

Cuando en el año 2003 se creó la Cátedra Miguel Delibes, por convenio entre la Junta de Castilla y León, la Universidad de Valladolid y el Graduate Center de City University of New York (CUNY), para el estudio y difusión de la literatura española contemporánea, no se pudo pensar en nadie mejor que Claudio Guillén para la inauguración de dicha Cátedra en su sede de Nueva York. Él encarnaba a la perfección el ideal de encuentro de culturas, de un amor patrio entendido en su mejor sentido, sin cerrazón limitadora y coartante. Español nacido en París, formado entre España, Francia y Estados Unidos, Claudio Guillén había aprendido desde muy joven que somos multiplicidad; multiplicidad de lenguas, multiplicidad de patrias, multiplicidad de pulsiones y de tentaciones, multiplicidad de empresas y de empeños, multiplicidad de sueños... Y sabía muy bien que vivir, desde esa multiplicidad de moradas, es construirse para sí y para los otros una forma de vida que hace de la pluralidad morada.

Los que tuvimos la fortuna de conocer a Claudio Guillén, pudimos aprender de su persona en el día a día. Pero, para todos, su lección sigue viva en cada uno de sus libros, en *Entre lo uno y lo diverso: introducción a la literatura comparada (ayer y hoy)* (1985 y 2005), *El sol de los desterrados. Literatura y exilio* (1995), *Europa, ciencia e inconsciencia* (1997), *Múltiples moradas: ensayo de literatura comparada* (1998), *Entre el saber y el conocer: moradas del estudio literario*

(2001), *Desde el asombro. Sobre los Albertis. Tres poemas de Lorca* (2004), *La expresión total: notas sobre literatura y obscenidad, De leyendas y lecciones: siglos XIX, XX y XXI* (2006)...

En cada uno de estos libros la sabiduría y los conocimientos de Claudio Guillén se nos entregan a sus lectores convertidos en fecunda lección de experiencia y de vivencia. En cada uno de estos libros descubrimos uno de los secretos del poder cautivador de la palabra del maestro: cuando Claudio Guillén habla de literatura su palabra compromete siempre el presente vivencial del lector: “El tránsito que nos lleva a la vivencia de la obra literaria, a una experiencia tan original y poderosa –ha escrito Claudio Guillén– coincide con un sabor existencial o experiencial que es esencialmente estético”. Así, cuando nos enseña que la literatura es el lugar de encuentro de todos (“como una casa de citas”, llega a decir con humor en un momento), no es sólo el teórico, el historiador o el filólogo quien nos habla; es también –y sobre todo– el hombre que desde su propia experiencia de lector encuentra en el universo literario la casa de todos; el espacio de la libertad y de la integración, el lugar del encuentro de lenguas, razas y culturas, y que, desde este convencimiento, afirma cargado de razón y de razones: “Hemos sido bastante pacatos y provincianos al creer en conceptos como ‘letras nacionales’ porque, se quiera o no, todo pertenece a una patria común: el hombre. Y eso se hace claro en todas las disciplinas desarrolladas”.

En efecto, la literatura, en el concepto que los libros de Claudio Guillén transmiten, es un “gran cruce de caminos”, lugar de iluminación estética y encuentro de lo diverso, a la vez que morada múltiple, en la que hallar refugio frente y contra los avatares de la cotidianidad. Así concebida, la literatura no se puede parcelar ni encerrar en coartantes fronteras nacionales, ni en gremiales barreras mentales o académicas, porque la literatura deja de ser centón de saberes para convertirse en lo que siempre, por encima de cualquier otra cosa, fue: escuela de la sensibilidad y de la inteligencia, cuya meta no es otra que la “realización de la invención poética del hombre”.

Pocas obras como la de Claudio Guillén, en la crítica actual, tienen el poder de contagio e iluminación que posee la suya. Pocas como la suya han tenido tanto acierto a la hora de abrir caminos para devolver la filología a la morada del humanismo, en que tuvo su cuna. Y pocas también igualan las valientes y certeras propuestas a favor de una ruptura de las fronteras para los estudios literarios, de modo que en ellos quepan todas las lenguas, todas las artes y todas las culturas; o a favor de una necesaria interdisciplinaridad que devuelva el placer de lo estético a la categoría de bien necesario en esa nueva república –cada día menos platónica– que habrá de emerger de la aldea global hacia la que, a lomos de una vulgaridad y una trivialización galopantes, nuestro mundo camina.

MARÍA PILAR CELMA VALERO  
Universidad de Valladolid  
Cátedra Miguel Delibes